

# E. MIRET MAGDA LENA

A partir del Renacimiento surgió un mundo nuevo. Muchas cosas que habían sido centrales antes, cayeron por su base. La falta de autonomía del ser humano, su dependencia excesiva de la Naturaleza, de la familia o de la religión empezaron a desmoronarse. Y este siglo nuestro —el XX— ha sido la expresión más clara de esta revolución social. Costumbres, opinión pública y reacciones de masa van adquiriendo un tono de independencia que antes no tenían. Lo que no sabemos la mayor parte de las veces es que hay otras influencias ocultas que emascaran la influencia que ellas ejercen sobre la sociedad, simulando una libertad y una independencia mayores de las realmente existentes.

Grupos de poder, privilegiados detentadores de los grandes medios de comunicación social, poderosos instrumentos publicitarios en manos de unos pocos, influyen inconscientemente sobre la gente, usando eficaces medios técnicos que la psicología social ha descubierto. El condicionamiento psicológico, introducido inconscientemente, ha adquirido un poder de influencia notable en manos de pequeños grupos que lo usan con habilidad creciente.

Es más: quien tenga en el futuro en sus manos la información y los medios de comunicación, podrá influir sobre los hombres de tal modo que muchas veces no le hará falta atraerse con razones y con hechos a la opinión pública: en sus manos estará un procedimiento más hipócritamente eficaz, como es forjar el mismo esta opinión, sin necesidad de otros medios más lentos o más trabajosos.

En el mundo actual hay quienes —también en nuestra España— se están preparando hábilmente para el futuro desde posturas conservadoras en el fondo, aunque con apariencias muy distintas en el exterior, y hemos de ser conscientes de ello estando atentos a sus movimientos, porque el porvenir público puede desgraciadamente no depender de la razón ni siquiera de la habilidad para usarla, sino de algo mucho más elemental: del poder de crear esta opinión humana por medios extraños a la razón, aunque se usen razones aparentes como instrumento y no como valor de ella en sí. Y solamente si somos muy conscientes de ello, podremos librarnos de esta engañosa influencia envolvente.

Muchas veces me pregunto por el gran atractivo que en la historia ha tenido el error sobre los hombres. Siglos después de ese error nos quedamos maravillados de que haya perdurado tanto tiempo, porque pasado aquel momento nos parece evidente su fallo.

Pero el hombre es un ser complejo y perezoso, que se mueve más por la facilidad de los oropeles que por la trabajosa consecución del oro. Cuántas veces resulta más atractivo un llamativo y bien adornado error que la verdad escueta. Y eso es lo que nos pasa

demasiadas veces hoy: hemos sido acostumbrados a vivir del atractivo superficial más que de la verdad de fondo. En demasiadas ocasiones, lo descarnado de la verdad nos repele, y preferimos el canto de sirena de un cómodo error, demagógico, inmediatista y fácil. Sin embargo, la verdad se alcanza con esfuerzo y sacrificio, y no se hace evidente por su poder de sugestión, sino por la trabajosa labor de desbroce que descubre su difícil verdad.

La ciencia avanzó así. No por hacer caso de las ditirámicas frases sobre el progreso, sino por el esfuerzo de callados y pacientes investigadores, que, tras años de dedicado trabajo, llegaron a encontrar soluciones a los problemas que se planteaban al hombre. Así encontró Planck su cuanto de acción, Einstein, su teoría de la relatividad; Schrödinger, la mecánica ondulatoria; Heisenberg, el principio de indeterminación, y Bohr, el de complementariedad. Y lo hicieron después de haber superado las frases engañosas de eso que se

## RENOVACION POLITICA Y RELIGIOSA

llama el sentido común. Tuvieron que vencer la evidencia inmediata de los sentidos, la rutina de los prejuicios populares, incluso las conclusiones precipitadas y alegres de la ciencia incipiente del siglo XIX.

Y a mí me parece que este necesario proceso de maduración mental, que acabo de describir, no ha calado todavía en otros ámbitos humanos; y en los que menos ha calado ha sido en el político y en el religioso. Todavía estamos a nivel de adolescencia y quizá de infancia.

Nos movemos, en lo religioso y en lo político, demasiado a menudo dentro de esquemas propios de elucubraciones de minoría de edad, con frases que se han repetido desde hace más o menos siglos y han dividido a los hombres sin suficiente contacto con la realidad. ¿Nos hemos parado a pensar, por ejemplo, en la ciencia de la psicología de masas? Yo creo que no: seguimos con los esquemas usados por quienes todavía vivían en sociedades artesanales y cuasi-rurales, utilizando una psicología empírica y nada científica. La psicología motivacional y la ciencia de la organización han dado importantes pasos que podíamos usar para aplicarlos a niveles políticos y religiosos. En Occidente, los trabajos de Mac Gregor, Likert, Argyris, Maslow y Drucker son decisivos para conocer mejor el funcionamiento de los grupos humanos. Lo mismo que en materia de orga-

nización lo son las experiencias de un Lenin o de un Ho-Chi-Minh, y también de un Makarenko.

Estos trabajos deberían ser usados como pautas para cualquier estructuración social humana, como es la política o la religiosa. Sin duda, más la política que la religiosa, puesto que aquélla tiene más elementos exteriores que ésta. Debajo de toda sociedad humana subyace una estructura de fondo que es como su cañamazo, y que debe ser estudiada a la luz de estos hallazgos de la psicología y de la ciencia de la organización.

Sabemos por Crozier o Simone de Beauvoir cómo se fabrican socialmente los hombres con ese invento americano que se llama Ingeniería Humana. Esa es la vertiente falseante de los hallazgos de la psicología social, falacias que es necesario desvelar y denunciar. Pero existen otros usos, en la línea de un verdadero desarrollo humano, que son los que debemos aplicar. La dinámica de grupos puede enseñarnos mucho sobre la organización de las sociedades políticas del futuro, por ejemplo.

¿Por qué no estudiar esta ciencia de la organización, en su vertiente positiva y humana, en vez de vivir políticamente —y religiosamente— de elucubraciones abstractas, razones aparentes y recetas de tiempos pasados?

Creo que con un esfuerzo realista y un análisis científico de verdad podríamos preparar la forja de un futuro aceptable para la política —y en parte para la religión— que fuese más eficaz, y nos ayudase a liberarnos de los callejones sin salida en que se encuentra el mundo occidental hoy.

El peligro está en que en muchas ocasiones los hombres prefieren seguir las rutinas de otros tiempos, con un signo más avanzado o menos avanzado, y se pagan más de verbalismos seudointelectuales que de una mirada valiente y profunda que renueve radicalmente las estructuras sociales. O también, en el uso engañoso de los hallazgos de esas nuevas ciencias humanas.

No podemos ya construir partiendo de fantasías, recetas anacrónicas, aunque parezcan progresivas, ni castillos en el aire. Las luchas religiosas entre integristas y progresistas —por poner otro ejemplo— recuerdan todavía las infantiles batallas entre policías y ladrones de los juegos entre niños, o de los buenos y los malos del Oeste de nuestra edad infantil. Pero de cara al futuro son pura ficción. El porvenir político y religioso si ha de resolver satisfactoriamente las inquietudes humanas, tiene que ser mucho más abierto y radical sin mirar tanto al pasado, y haciendo más bien un esfuerzo de perspectiva hacia delante, usando más de estas ciencias —psicología de la motivación y ciencia de la organización— que de palabras que no pueden corresponder a un hombre nuevo como el que deseamos muchos para la política y para la religión. ■